

CAPITULO LVIII.

El desenlace de un drama.

DEJEMOS á los navegantes entregados á sus proyectos, y volvamos los ojos al cuartel de los españoles, en donde, como recordarán nuestros lectores, quedó Ibbialbi oculto detrás del cortinaje que adornaba el lecho del ilustre conquistador, y asistamos á la escena que dió comienzo al presentarse Marina ante su amante.

Notábase en la bella aindia gran agitación, y Hernan Cortés, alarmado al verla de aquella suerte, le preguntó cariñosamente:

—¿Qué ocurre, alma mia?

Ibbialbi lanzó un sordo gemido, que no apercibieron los dos amantes.

—No hay tiempo que perder, contestó Marina. Los indios se aprestan para una nueva lucha; han pedido refuerzos á los caciques de las inmediaciones, reina gran movimiento en la ciudad, millares de mexicanos, prorumpiendo en frenéticos alaridos, juran que no quedará uno de vosotros, los teopixques imploran el auxilio de los dioses, y todo hace pensar en que las consecuencias de la lucha que dentro de breves instantes va á comenzar, ha de sernos de fatales consecuencias.

—No es la primera vez que he medido sus fuerzas, dijo con voz arrogante Hernan Cortés, y aunque es escaso el número de soldados que me acompañan, avisando que vengan á reunirse

conmigo los que recorren las inmediaciones explorando el terreno, creo podré esperar á nuestros enemigos y arrollarlos.

—Es posible que los soldados que recorren las inmediaciones no puedan incorporarse á tu cuartel. Los mexicanos destruyen en estos momentos los puentes, y les será difícil llegar hasta aquí.

—Pues bien; lucharé con las fuerzas que tengo á mis órdenes. Aunque no contase con uno solo de mis soldados, no rehusaría la lucha. Si el cielo, en sus altos designios, no me cree digno de realizar los nobles, los santos, los patrióticos deseos que me han impulsado á venir aquí; si á pesar de los sufrimientos, de los trabajos, de las miserias, de las penalidades que he sufrido, mis días están contados y sucumbo en la lucha, al menos habré cumplido con mi deber y me cabrá la gloria de morir peleando por el engrandecimiento de mi patria y por la noble misión que aquí me ha guiado de difundir la civilización y hacer conocer á estos desgraciados idólatras la luz santa del cristianismo.

Marina conocía el temple de alma del ilustre caudillo, comprendía que por nada del mundo retrocedería ante obstáculo alguno; pero un sagrado deber la imponía la obligación de apurar todos los recursos para disuadirle de una lucha que preveía había de ser desastrosa.

—Dignos de alabanza son los propósitos que te animan, le dijo; pero hay momentos en los que no somos dueños de arriesgar nuestra vida.

—En aras de la patria debo sacrificarme siempre.

—Y sin embargo, yo creo que otros deberes debían hacértela conservar en estos instantes.

—Marina, te amo más que á mi vida; pero permíteme que te diga que estos momentos no son los más á propósito para recriminaciones.

—¡Recriminaciones! dijo Marina con tristeza; no son recriminaciones las que vengo á hacerte, no vengo á implorar tu

carifio para mí, sino para otro sér que tiene derecho á toda tu proteccion.

—¿Qué dices, alma de mi alma! exclamó Cortés con amoroso acento, adivinando en las palabras de Marina una felicidad inefable; pero qué en aquellos momentos era un nuevo torcedor para su espíritu.

—No hace mucho que me era odiosa la vida. Desde el momento en que supe los lazos que te unian con otra mujer, deseaba morir, y pedia á Dios á todas horas que abreviase mis dias. Hoy sería una criminal si tal deseaba.

—¡Marina! ¡Amor mio! dijo con ternura el caudillo.

—Sí, Cortés, en este instante tengo que hacerte una revelacion, que es mi delicia y mi tormento.

—¡Ah! ¡Yo yo, insensato, casi te he tratado con aspereza! Perdóname, luz mia; perdóname, y no atribuyas sino á la agitacion de mi espíritu el desamor con que he oido tus primeras palabras.

—Yo te perdono; porque no puedo guardar rencor al padre de mi hijo.

Hernán Cortés estrechó cariñosamente en sus brazos á Marina, y durante un momento permanecieron unidos los dos amantes confundiendo sus lágrimas.

Un rugido espantoso, semejante al de una fiera que va á caer sobre su presa, sacó á los dos amantes del éxtasis en que se hallaban.

Instintivamente Hernán Cortés se desprendió de los brazos de Marina y se puso delante, como para preservarla de cualquier peligro.

Un ¡ay! doloroso le hizo acudir al sitio de donde partía.

Al llegar no pudo ménos Hernán Cortés de estremecerse al ver á Ibbialbi revolcándose en su propia sangre y profiriendo juramentos que le atemorizaron.

El indio no habia podido contenerse al oír la revelacion de

Marina, y al ir á precipitarse sobre ella para clavar en su pecho una flecha envenenada que blandia en la diestra, con el ímpetu del movimiento, ciego por la ira y los celos, se enganchó en la colgadura, detrás de la que se hallaba, y cayendo en tierra, se clavó la flecha.

—¿Qué haceis aquí, miserable, dijo Hernán Cortés, fijando su mirada amenazadora y terrible en el indio.

—Matadme si quereis, esta accion sería más noble que el engaño de que he sido víctima.

—¿Y tú te atreves á reconvenirme? Deten tu lengua, menguado, si no quieres que te la arranque. ¿Con qué derecho te has introducido en esta estancia? ¿Es ese el modo que tienes de agradecer los beneficios que te he dispensado? ¿Por ventura, sin mi proteccion, no continuarias siendo un vil esclavo despreciado hasta por tus mismos compatriotas? ¿Cuál era el objeto que te proponias al estar escondido en este aposento? Pero ¿para qué cansarme? Yo me tengo la culpa de todo lo que sucede. Yo debia haber adivinado que los de tu raza son incapaces de abrigar en su alma sentimientos generosos, y que el que siembra entre vosotros beneficios, recoge ingratitudes. Aléjate, aléjate de mi vista, porque ¡vive el cielo que si no fuera por deshonrarme te aplastaba como á un vil insecto!

—¡Matadme! repitió el indio.

Hernán Cortés, que á pesar de la pasion que sentia hácia Marina, no dejaba de recordar las ilusiones que habia hecho concebir al indio respecto á su enlace con Marina, deseando poner término á aquella escena que le mortificaba:

—No, le dijo, te perdono. Acude á reunirte con tus compatriotas. Ha llegado el momento de que cesen todas las contemplaciones, todos los miramientos que tenia con ellos. Dentro de breves instantes comenzará una breve lucha. Tu villana accion hace imposible que permanezcas á mi lado. Huye, miserable, huye, y que no vuelva á verte en mi vida.

Ilbialbi, aterrorizado, se alejó sin pronunciar una sola palabra.

—¡Cuántas emociones en un día! dijo Marina. ¡Oh! Yo siento que mis fuerzas decaen, un presentimiento me dice que si te separas de mí ya no volveré á verte jamás.

—¡Por Dios, Marina! Hazte superior á todo, y no quieras añadir nuevos sufrimientos á los que torturan mi alma.

Hernan Cortés ordenó lo necesario para que se prestasen á Marina los auxilios que reclamaba su situación, y dictó las disposiciones convenientes para aprestarse á la lucha que debía tener lugar de un momento á otro.

Veamos lo que pasó.

CAPITULO LIX.

Resoluciones.



A dijimos en otra ocasión que Guatimotzin, en el consejo presidido por el príncipe de Iztacpalapa, manifestó su deseo de ponerse al frente de las tropas para arrojar á los invasores de México.

En la mañana del día que siguió al de la escena que hemos referido en el capítulo anterior, despues de reunir á multitud de mexicanos de los alrededores al grueso de su ejército, con la decision pintada en el semblante, latiendo en su pecho el bélico entusiasmo que se despertaba en él, porque iba á redimir á su patria del yugo de los extranjeros, entró en la habitacion de su esposa para despedirse de ella.

Hallábase la india acariciando á su hermoso hijo; y se deleitaba con esas mil ocurrencias que oia de sus lábios infantiles, ocurrencias que hacen las delicias de los padres.

Esposa mia, le dijo Guatimotzin: en este momento voy á ponerme al frente de las tropas para combatir á los españoles. Ya no es posible sufrir más tiempo su yugo opresor. La muerte de Moctezuma les envalentona cada vez más; todos los dias son víctimas nuestros hermanos de su insoportable tiranía, y es preciso que cesen estos excesos.

Yo bien sé que los extranjeros tienen en su favor el rayo y el trueno.

Yo sé tambien que esas fieras, que con tanta velocidad se precipitan, guiadas por ellos, sobre nuestras huestes, causan grandes destrozos en nuestras filas; pero nosotros combatimos

por la independencia de nuestra patria, y ante este sentimiento generoso cada hombre se convierte en un héroe, y la victoria ha de ser forzosamente nuestra.

Si los españoles, á pesar de su escaso número, han podido vencer en otros combates á nuestros hermanos, es porque á éstos les faltaba un caudillo que les dirigiera, una cabeza que impulsara su brazo; pero hoy ya es otra cosa.

La india, con la energía que caracteriza á las de su raza, inspirándose en las palabras de su esposo, ahogando el sentimiento patrio al sentimiento maternal:

—Vé, Guatimotzin, vé; corre á ponerte al frente del ejército, y mientras tú peleas, tu hijo y yo pediremos á los dioses que regreses victorioso á nuestro hogar.

Cuando vuelvas, cuando la aureola de la gloria corone tu frente, cuando todos te aclamen como el salvador de tu patria, me indemnizaré con creces de la pena que me causa el que te separes de mi lado.

Yo confío en que los dioses no han de permitir que perezcas por tan noble causa.

Si no reclamase mis cuidados este tierno niño, yo te acompañaría al combate, yo lucharía á tu lado, y compartiría contigo todos los peligros, todos los azares, todas las privaciones de la guerra, para hacértelas más llevaderas y para que comprendieras que era digna de tí.

Guatimotzin, que á pesar de su valor y de lo resuelto que estaba á ponerse al frente de las tropas, no desconocía lo grave de la situación, y en aquellos momentos la presencia de su hijo le recordaba las desventuras que sobre él y su madre pesarian si sucumbía en el combate; deseando poner término á aquella escena, se despidió cariñosamente de su esposa, y después de colmar de besos al niño y de estrecharle en su corazón, salió de la estancia.

Púsose al frente de las tropas que pudo reunir, y acto continuo emprendió la marcha con dirección á México.

En breve tiempo atravesó el camino que separaba Tacuba de la ciudad imperial, y una vez allí, se dirigió á palacio.

Anunciaron su llegada al soberano, y el príncipe de Iztacpalapa, rodeado de sus consejeros, se apresuró á recibirle.

—Acabo de llegar con las fuerzas que he podido reunir, y vengo á ponerme al frente de tu ejército, porque ya es vergonzoso sufrir con calma los atropellos de que estamos siendo víctimas.

Es preciso dar la batalla á los españoles, y escarmentarlos para siempre jamás.

La patria exige este sacrificio, y yo estoy dispuesto á perecer si es preciso para devolverle el brillo, el esplendor, la grandeza de otros días.

—¿Y no te mueve, dijo con ruda incredulidad Iztacpalapa; no te mueve á dar este paso otro interés que el de salvar á tu patria del yugo de los extranjeros?

Guatimotzin, á quien ofendía la altanera actitud de Iztacpalapa desde el momento en que se presentó á él, con enérgico acento, centelleándole sus ojos y clavándolos en su interlocutor:

—¿Por ventura, le dijo, puede haber nada más noble que pelear por la independencia de su patria?

—Ciertamente que no; pero sed franco: decid que vuestra ambición os hace ver la imposibilidad de ser aclamado soberano de este imperio si conseguís el triunfo, y por eso sin duda acariáis hace tiempo la idea de ponerlos al frente de mis huestes.

Un relámpago brilló en los ojos de Guatimotzin.

Ardiendo en ira, demostrando en su semblante la indignación que le causaba lo que acaba de oír, exclamó con desprecio:

—No me extraña que penseis de ese modo. Las almas mezquinas son incapaces de comprender el heroísmo; permanecen

sordas á los gritos de su deber, de su conciencia, y solo obedecen en todas las acciones de su vida al más vil interes, á la más repugnante ambicion.

Quedáronse atónitos los consejeros al oír á Guatimotzin expresarse con tanta acritud delante de su soberano.

El mismo Iztacpalapa, acostumbrado como todos los soberanos al lenguaje de la adulacion, comprendió que aquel era un hombre superior á él, y no supo qué contestar.

Guatimotzin, que como en semejantes casos sucede, no podia ya retroceder, añadió con arrogancia:

—Y bien, ¿qué resuelves?

—Que te pongas al frente del ejército, y que demuestres en el combate esa arrogancia, ese valor, de que tan inconvenientemente haces alarde en estos momentos.

Después de recibir las órdenes para que todas las tropas del imperio le obedeciesen, salió Guatimotzin para dar comienzo á los preparativos de la batalla que debía empezar al día siguiente.

CAPITULO LX.

Un combate mas.



ENAS amaneció, distribuyó Guatimotzin su ejército en las azoteas de las casas, cortó los puentes, y tomó todas las avenidas que conducian al paraje en que se hallaban los españoles.

Un momento después comenzó á hostilizarlos.

Hernan Cortés montó á caballo, y al frente de sus escasas fuerzas se lanzó sobre los mexicanos.

La lucha tenia lugar en las calles, y como es natural, habiendo tomado los mexicanos las azoteas y las ventanas descargaban desde allí una lluvia de flechas y de piedras sobre las huestes del ilustre caudillo; lluvia que en algunos momentos oscurecia la luz del sol.

Los mexicanos peleaban con más denuedo, con más ardor, con más decision que nunca.

Pero los españoles, con sus caballos y las armas de fuego, arrollaban á cuantos encontraban al paso.

En lo más encarnizado de la pelea, una flecha atravesó la mano derecha del ilustre caudillo.

Sin desmayar por esto, afianzó la rienda en el brazo herido, y tomando una lanza, continuó á la carrera diezmando á los indios que se oponian á su paso.

Escobar le seguia con la tropa de su cargo.

Los indios que se iban quedando atrás por apartarse de los